



Verona, 16 de enero de 1900. Dos lavanderas se arrodillan para enjabonar las sábanas a orillas del río Adigio, un poco más allá del puente Garibaldi.

Gracias a algunas fotografías de la época podemos reconstruir el aspecto del río en aquel entonces: turbio, impetuoso, forzado desde hacía poco a discurrir entre los nuevos diques (el Adigio se había desbordado en 1882 y había destruido media ciudad), agitado por el continuo paso de barcas que llevaban arena, de gabarras con anchas velas marrones y de transbordadores que iban y venían continuamente de una orilla a la otra. Donde el agua era más profunda y turbulenta, se habían construido norias cuyas palas sucias y chorreantes giraban y emitían un chirrido leñoso.

A lo largo de la orilla, en los tramos de playa pedregosa, filas de mujeres bien abrigadas se arrodillaban para lavar la ropa, ya hiciera buen tiempo o mal tiempo, y charlaban alegremente entre ellas.

Hoy, el puente Garibaldi asienta sus arcos de granito en el agua tranquila. Un muro se alza para sujetar las aceras de un paseo por el que circulan los coches. A lo largo de la

pared de ladrillos aún se pueden ver las huellas de las escaleras por las que las lavanderas bajaban al río.

En este punto, donde hoy el agua amontona trozos de plástico, latas y trapos, la lavandera Maria Menapace, en la mañana del 16 de enero de 1900, vio un saco enredado entre la maleza. Le hizo una señal a su amiga Luisa Marconcini diciéndole, como se evidenció después en su testimonio, «será carne de estraperlo».

Poco más allá había un muchacho pescando. Iba abrigado con un chaquetón negro, con una gorra vieja en la cabeza y un par de botas de tela remendada. Se llamaba Paride Baggio. Tenía quince años. La señora Menapace le pidió que la ayudara a arrastrar aquel saco hasta la orilla.

Era un «envoltorio atado con un cordel, voluminoso», como lo describió después la policía fluvial. «Seguro que es para el contrabando», se oyó decir a alguien que curioseaba desde la orilla. Las dos mujeres abandonaron la colada para abrirlo. El muchacho sacó una navaja con mango de madera. Cortó el cordel. Cuatro manos curiosas desplegaron la tela. Y se encontraron ante sus ojos «seis trozos de carne humana con un peso total de 13 kilos y 400 gramos», como apareció escrito al día siguiente en el periódico *L'Adige*.

Los pedazos fueron identificados como «la parte derecha del tórax, con el seno entero, envuelto en un trozo de tela escarlata. La parte izquierda del tórax con el seno envuelto en el mismo tipo de tela. La parte inferior del vientre envuelta en una tela verde con un ribete igual. Parte de los huesos pélvicos descarnados y envueltos en la misma tela verde. Una parte de la pierna izquierda envuelta en una servilleta. El fémur descarnado envuelto en unas bragas con puntillas en la parte de abajo».

Un detalle: a la servilleta le habían cortado una esquina, como para hacer desaparecer un código de reconocimiento.

A las 12, el procurador del rey hizo las «constataciones legales». Al día siguiente, los soldados del 4º Genio, especializados en construcción de puentes, empezaron a rastrear el cauce del río. En unas pocas horas encontraron otros trozos de un cadáver de mujer: «dos fardos con el intestino y otro con el esófago, una placenta con el cordón umbilical todavía incrustado».

Una vez reunidos los pedazos, los peritos determinaron que se trataba de una mujer joven (de entre dieciséis y veintidós años) con una visible desviación en la espina dorsal, embarazada de unos tres meses. Sobre la fecha estimada del embarazo, habría después peritajes contradictorios e infinitas discusiones.

La ciudad se encuentra en estado de alarma. A todos en Verona les fascina este crimen. Empieza la caza al asesino. Muchos se empeñan en rastrear el río para encontrar la cabeza de la mujer, que hasta entonces no había sido recuperada.

El 17 de enero un molinero encuentra otro trozo: una cadera envuelta en un trozo de falda. Entre los pliegues de la falda, escondido en un bolsillo, hay un recibo de la compra. Los caracteres son vacilantes, denotan una mano tosca e infantil; cubren una hojita de papel de un cuaderno a cuadros: «Calzones para el papá: 15 liras. Medias: 0,30 liras. Muselina y franela: 8,35 liras. Lana roja: 1,50 liras. Total: 25,15 liras».

El jefe de policía, el *cavalier* Cacciatori, que lleva a cabo las primeras investigaciones, hace una búsqueda entre las muchachas desaparecidas. En los registros consta que el 5 de enero un tal Felice Canuti denunció la desaparición de

su hija, Isolina. Lo manda llamar, le muestra el recibo. El hombre reconoce la caligrafía de su hija.

Felice Canuti, al que el *Corriere della Sera* describe como «un viejo encorvado, tembloroso, con barba y cabellos blancos desaliñados, la nariz larga y aguileña, grandes ojeras marcadas, pómulos salientes, pequeño, con la ropa desgastada» tiene sesenta y un años y habla de su hija Isolina con mucho amor: «Era mi ídolo», dice, «la niña de mis ojos... no puedo creer que esté muerta... se fue el 5 por la mañana y ya no volvió...».

—¿Y dónde iba? —pregunta el policía.

—No lo sé... mi hija Clelia la vio encaminarse hacia el círculo y la gasolinera.

—¿Reconoce estas ropas?

—Creo que sí. Pero pregúntele a Maria Policante. Eran amigas íntimas. Lo sabrá mejor que yo.

El jefe de policía manda llamar a Maria Policante, la interroga durante largo rato. Pero lamentablemente de este interrogatorio no se ha conservado nada, ni en el Archivo de Estado, ni en el tribunal, ni en la Biblioteca de Verona. Todo se ha destruido, no se sabe si casual o deliberadamente.

Lo que todavía existe y se puede consultar son los artículos de los periódicos de entonces, el *Gazzettino di Venezia*, el *Corriere della Sera*, *L'Arena*, *L'Adige*, el *Verona del Popolo*, el *Verona Fedele*, *L'Italia militare*, *Il Resto del Carlino*, *La Stampa*. Periódicos que, a medida que avance la investigación, se convertirán en enemigos mortales y se dividirán en dos bandos enfrentados: unos lo querrán inocente; otros, culpable.

La cuestión es que entre los primeros sospechosos se señaló desde el principio a Carlo Trivulzio, un teniente del cuerpo militar de los *alpini* que había alquilado una habitación

en casa de los Canuti y había mantenido una relación con Isolina.

Trivulzio pertenecía a una familia noble de Udine, era rico, gozaba de aprecio y simpatía entre sus compañeros soldados y sus superiores. «Un joven leal, valiente, sincero, incapaz de cometer semejante horrenda acción», este es el comentario que se oye entre los militares.

En pocos días se llega a la identificación definitiva de la muchacha descuartizada. Hablan de ello todos los periódicos italianos. Se trata de Isolina Canuti, de diecinueve años, hija de Felice Canuti, empleado desde hace veinticinco años en la administración de una gran empresa, la Tressa de Verona, y de Nerina Spinelli.

Isolina tenía tres hermanos: Viscardo, de doce años, Alfredo, de trece, y Clelia, de dieciséis. La madre había muerto hacía más de diez años. Los muchachos vivían solos con el padre.

Se supone que puede tratarse de un aborto fallido y del posterior descuartizamiento para deshacerse del cuerpo. Los peritos concuerdan en que los cortes han sido realizados por una «mano experta», que podría ser tanto «de un cirujano como de un carnicero».

«En Verona se ha desencadenado un interés morboso por este caso. En la ciudad no se habla de otra cosa y la multitud se parapeta tras los setos a lo largo del Adigio con la esperanza de ver emerger algún fardo ensangrentado».

Un moralista se pregunta, en *La Gazzetta di Treviso*, si «es un legítimo sentimiento de curiosidad o si el horror que se busca no será, en cambio, un indicador poco reconfortante de excitabilidad nerviosa y por tanto de decadencia mental y física».